

se requieren para formar una magestuosa, y apacible risa, representan un animo excelso, noble, perspicáz, complaciente, dulce, amoroso, activo, lo que hace, á quantos los miran, los amen sin libertad.

28 Esta es la gracia suprema del semblante humano. Esta es la que, colocada en el otro sexo, ha encendido pasiones mas violentas, y pertinaces, que el nevado candor, y ajustada simetría de las facciones. Y esta es la que los mismos, cuyas pasiones ha encendido, por mas que la están contemplando cada instante, no acaban de descifrar; de modo, que quando se vén precisados de los que pretenden corregirlos á señalar el motivo por qué tal objeto los arrastra (tal objeto digo, que carece de las perfecciones comunes), no hallan que decir, sino que tiene un *no sé qué*, que enteramente les roba la libertad. Tengase siempre presente (para evitar objeciones), que esta gracia, como todas las demás, que andan rebozadas debaxo del manto del *no sé qué*, es respectiva al genio, imaginacion, y conocimiento del que la percibe. Mas me ocurría que decir sobre la materia; pero por algunas razones me hallo precisado á concluir aqui este Discurso.



EL ERROR UNIVERSAL.

DISCURSO XIII.

§. I.

1 SI el amor, hablando en general, se pinta ciego, cómo se deberá pintar el amor propio? Horacio, que fue dotado de bella inteligencia, parece, que solo á este tuvo por ciego, ó por lo menos con singularidad antonomastica le aplicó el epíteto: *Cæcus amor sui* (lib. 1, od. 18). Pero yo, con la vénia de todos, dixera, que ni el amor en general es ciego, ni aun lo es el amor propio. Tiene el amor ojos, tiene vista, y vista sin defecto alguno, sino aquel de

de que no se exime aun la vista corporea mas perspicáz. Qué sucede en los ojos corporeos? Que vén bien los objetos, que están á una determinada distancia; pero si están, ó muy remotos, ó demasíadamente cercanos, ó no los vén, ó los vén solo confusamente. Esto mismo sucede al amor.

2 La voluntad vé los objetos con los ojos del entendimiento; ó por mejor decir, en el entendimiento están los ojos de la voluntad. Asi con grande impropiedad se dice, que la voluntad es potencia ciega: no es sino potencia con vista; pero su vista, ó su potencia visiva es el mismo entendimiento. Con impropiedad se diría, que el alma para vér los colores es ciega, porque solo los vé con los ojos, que son una parte del cuerpo. Qué importa, si esa parte del cuerpo es para ese efecto organo del alma? Con mas razon se debe decir el entendimiento vista de la voluntad, porque no hay entre ellos la discrepancia que hay entre alma, y cuerpo, ni aun distincion real en probabilisima sentencia.

§. II.

3 VIendo, pues la voluntad con los ojos del entendimiento, veamos cómo vé con estos ojos los objetos. Con la misma proporcion en orden á distancia, ó proximidad, que los ojos corporeos. Es menester que estén los objetos á una determinada distancia de la voluntad, para que ésta los vea claramente. Ni muy lejos, ni muy cerca. Si tan lejos, que respecto de la voluntad se consideren como totalmente estraños, no los vé bien. Si tan cerca, que se contemplen como propios, tampoco. En aquellos se le ocultan las perfecciones, en estos los defectos. Es precisa una distancia media, y proporcionada, para que ni la displicencia oculte lo que hay de bueno, ni el proprio interés esconda lo que hay de malo.

4 Sin embargo, esta analogía entre la vista espiritual, y corporea, no es tan constante, que no padezca algunas excepciones. Sugetos hay, que con los ojos del entendimiento vén muy bien aun lo mas llegado, que discernen claramente lo que hay de malo, como lo que hay de bueno en el paysano, en el pariente, en el bienhechor, y, lo que es mas, aun en sí mismos.

Di-

5 Digo que hay sugetos, que conocen sus propios defectos. Pero en esta misma excepcion entra otra excepcion. Hay cierto defecto, el qual ningun hombre conoce en sí mismo. Ninguno? Ninguno. Pues qué defecto será éste? En una palabra lo digo: el defecto de entendimiento. Esta es la piedra donde tropiezan todos: ésta es la parte donde nadie se conoce á sí mismo; y aqui es donde vuelve á restablecerse la analogía propuesta entre la vista espiritual, y corporea. Ni se vén á sí mismos los ojos corporeos, ni se vé á sí mismo el entendimiento.

6 Son muchos los que conocen los defectos del proprio cuerpo, aun quando no son muy sobresalientes. Algunos conocen en sí mismos aun las malas disposiciones del alma. No ignora éste, que padece el vicio de iracundo, aquel el de inconstante, el otro el de timido, y asi de los demás. Pero llegando al entendimiento, no hay que pensar, que nadie se conozca. Todos se hacen merced á sí propios. Necios, y entendidos, aunque no con igual ceguera, unos, y otros caen en el mismo lazo. El necio piensa que es muy entendido, y el entendido piensa que lo es mucho mas de lo que realmente es. Por eso doy á este *Error* el epíteto de *Universal*, con lo qual está explicado el assumpto de este Discurso: de modo, que el error universal es el juicio ventajoso, y no merecido, que todos hacen del proprio entendimiento. Despues de tantos errores comunes, salga á este *Theatro* un error universal.

§. III.

7 **P**ara entender cómo es universal este error, se debe considerar, que al entendimiento no le constituye bueno, ó malo el saber mucho, ó poco. El saber mucho consiste en tener muchas noticias; y el tenerlas depende de adquirirlas. Esto lo logran la buena memoria, la oportunidad, y la aplicacion. Por falta de alguna de estas tres circunstancias, ú de algunas, ú de todas tres juntas, hay excelentes entendimientos, que son como tablas de hermosa, y bien dispuesta materia para recibir las imagenes de los objetos; pero tablas rasas, como comunmente se dice, en quienes nada se ha pintado, ó que quando mas, solo se vé en ellas

ellas tal qual rudo diseño. Es cierto, que la escasez de noticias qualquiera se la conoce en sí mismo, haciendo el coitejo con las que tienen otros; y asi, no solo el rustico confesará, que no es Theologo, Jurista, ó Historiador; pero aun entre los mismos, que se aplican á estas Facultades, se hallan muchos, que advierten bastantemente, que otros Profesores están mas instruidos en ellas. Asi no es este el assumpto de la errada aprehension universal de que tratamos; si solo la capacidad intelectual tomada por sí sola.

8 Pero aun en esta misma capacidad intelectual hay mucho que distinguir. Hay entendimientos linceos para una cosa, y topos para otra. Hay entendimientos profundos, pero tardos. Hay entendimientos, que perciben bien, y se explican mal. Hay entendimientos, que se enteran bellamente, y hacen recto juicio de lo que discurren los demás; pero ellos por sí mismos apenas abanzan un paso sobre aquello que hallan discurredo por otros. Hay entendimientos muy habiles para discurrir sophisticos enredos; pero enteramente desnudos de aquella substancial, y sólida perspicacia, que se ha menester para tocar á punto fixo la verdad. Hay quienes tocan á punto fixo la verdad; pero no encuentran con razones para persuadirla. Hay quienes perciben bien un objeto simple; pero en las combinaciones de distintos objetos, ó quëstiones complexas, se enredan, y confunden. A este modo hay otras innumerables diferencias, y aun cada diferencia se divide, y subdivide en otras: lo que me trahe ahora á la memoria una reflexion, que mucho tiempo há tengo hecha, y propondré aqui; porque sobre no ser incongrua al intento, puede hacerse lugar, como á impugnacion de otro error comun.

§. IV.

9 **M**uchos (si no todos) conciben en los espíritus una identidad tan simple, tan uniforme, que se imaginan, que á la primera ojeada del entendimiento está visto todo lo que es un espíritu; y aun llega á parecerles, que visto un espíritu, están vistos todos, por lo menos los que son de la misma especie. De aqui resulta, que no pudiendo contemplar en los entes espirituales aquella variedad, que tanto nos agrada en los materiales, solo consideran en la vista cla-

ra de aquellos (que se supone sernos imposible en el estado presente) un deleyte de cortisima duracion, por quanto todo lo que hay que vér, está visto en un instante; y la repetida representacion de un mismo objeto, en quien jamás se vé mas que lo que se vió á la primera ojeada, bien lejos de ser grata, á corto espacio de tiempo llega á ser fastidiosa. Este es un error procedido de falta de reflexion. Si Dios nos diese luz para conocer claramente qualquiera alma humana, qué theatro tan vasto, y tan variado se presentaría de repente á los ojos de nuestro entendimiento! Qué numero de facultades diversas! En cada facultad quánta multitud de distintas determinaciones! Qué variedad tan prodigiosa de inclinaciones, y afectos! Ninguna selva tiene tantas hojas, quantas son las diferencias, que hay que contemplar en cada una de las partes expresadas.

10 Para hacer bien comprehensible esto, sienta una suposicion, que pienso no me negará ningun hombre de mediano entendimiento; y es, que entre tantos millares de millares, y aun millares de millones de hombres, que hay en el mundo, no se hallará alguno, que sea perfectamente parecido á otro, ni en el complexo de inclinaciones, ni en el conocimiento de todos los objetos. Qualquiera que lea esto, haga reflexion sobre si ha visto jamás dos individuos tan acordados en los afectos, que á uno agrada todo lo que agradaba al otro, ó tan conformes en entender, que nunca discrepasen en el dictamen. Es ciertisimo que no. Y de aqui se infiere con evidencia, que asi la parte intelectiva, como la apetitiva de cada hombre, consta de un numero innumerable de disposiciones distintas; pues á no ser asi, sería imposible, que entre tantos millares de millones de individuos no se repitiese en algunos, y aun en muchos, el mismo complexo.

11 Toda la variedad, que hemos considerado en el entendimiento, y voluntad del hombre, es menor que la que hay que contemplar en el amplisimo seno de la memoria: aquel seno, digo, capaz de contener el sér inteligible de todo un mundo, y aun de muchos mundos, y donde actualmente se contienen millares de millares de aquellas especies, que la Escuela llama inteligibles, ó impresas. Qué theatro tan vario,

rio, tan espacioso, tan augusto aquel donde se representa al vivo la inmensa mole del Cielo, el cuerpo, curso, y resplandor de todos sus astros: la tierra, el ayre, el agua, con tanto numero sin numero de cuerpos vivientes, inanimados, elementales, y mixtos!

12 Todo esto, y mucho mas, que es imposible individuar aqui, hay que contemplar en el espiritu del hombre, que tan simple, tan uniforme se representa al comun modo de entender. Yo me imagino, que si Dios nos fuese mostrando succesivamente todo lo que hay que vér en él, de modo, que en cada minuto de tiempo solo viesemos lo que es representable en un acto, el mas precisivo del entendimiento, pasarían muchos centenares de años antes de verlo todo. Yo, sin duda, si se me diese opcion, antes eligiria ver claramente una alma humana, que registrar quantos entes visibles contienen el Cielo, la tierra, el ayre, y el agua. Si esto digo del espiritu humano, qué diré del Angelico, cuya amplitud de continencia es proporcional á la altura de su perfeccion, y en cada individuo, segun doctrina del Divinisimo Thomás, está recogida la interminable extension de la especie? Firmisimamente comprehendo, que si á los sentidos, y potencias de un hombre se presentasen á un tiempo quantos objetos delectables hay en el mundo, de modo, que á un tiempo los gozase todos, no igualaría este deleyte, ni con mucho, al que tendria en vér claramente al menor de todos los espíritus Angelicos. Aun prescindiendo del supuesto, que seguimos, es concluyente la razon que lo persuade. Un objeto tanto deleyta mas, quanto es mas agradable; y tanto es mas agradable, quanto es mas excelente. Pues quién duda, que junta la perfeccion de todos los objetos sensibles, no iguala la perfeccion del menor de todos los Espíritus Angelicos? Pero aqui de la admiracion. Si el deleyte de vér uno solo, y el menor de todos, será tan grande, cuál será el vér tantos millares de millares, que succesivamente van creciendo en excelencia; de modo, que el supremo excede al infimo, lo que un monte á un atomo? O dichosos habitantes de la Celestial Patria, lo que gozais! O locos enamorados del mundo, lo que perdeis! Pero dónde paro yo, si resta un espacio infinito desde aqui hasta la cumbre de la fe-

felicidad? O pielago de perfecciones, y excelencias! O Dios, y Señor de las Virtudes! O gran Dios! O Dios de los Dioses! Si tanto gozo resultará de vér aquellas criaturas tuyas, bien que nobilísimas, pero al fin criaturas, cuya perfeccion dista de la tuya infinitamente mas, que dista el mas vil insecto de la tierra de la suprema inteligencia del Cielo, cuya hermosura es un borron, cuyo resplandor es obscuridad, si se comparan con tu hermosura, y con tu resplandor; qué será verte á tí mismo? Mas aqui, detenida del asombro, vuelve la pluma al asunto.

§. V.

13 **S**upuesto, pues, que, como hemos insinuado arriba, en el entendimiento hay que considerar muchas facultades distintas: digo, que el error universal no es respectivo á qualquiera de ellas, y mucho menos á todas juntas; sí solo en orden á una, pero la mas esencial, que es la rectitud del juicio. Infinitos hombres hay, que conocen lindamente, que otros son mas prontos en comprehender, mas ágiles en discurrir, mas felices en explicarse, de mas genio para esta, ó aquella profesion, de mas vasta extension para abarcar á un tiempo varios objetos, de mas inventiva, &c; pero siempre le queda un recinto, y el mas importante de todos, donde salvar su vanidad, que es el juzgar rectamente de las cosas, una vez que se impongan en los terminos. Este es el punto en que nadie cede á nadie. Busquese al hombre, que mas modestamente sienta de sí mismo; confesará, que es poquisimo lo que sabe: que es tardo en comprehender, y aun en discurrir: que se explica mal; y á este modo otros muchos defectos de su entendimiento; pero al mismo tiempo se quedará en la presuncion de que en orden á aquellos objetos, cuyos terminos comprehende, dandosele el espacio necesario para meditar en ellos, nadie juzga con mas acierto.

14 Que esto sea asi, se prueba con evidencia, de que jamás vemos, que hombre alguno ceda ordinariamente á otro, mudando de juicio en orden á aquellas cosas, sobre las quales, despues de miradas, y remiradas, estableció su dictamen. He dicho *ordinariamente*, por no negar, que esto sucede una, ú otra vez. Pero notese, que aun entonces cede en

vir-

virtud de que el que es de dictamen opuesto, le propone alguna noticia, reflexion, ó experimento, que él ignoraba, ó no le havia ocurrido. Asi siempre se mantiene en el concepto, de que el haver errado en el primer dictamen, no dependió de tener menos talento que el otro para juzgar rectamente, sino de que el otro tuvo la oportunidad de adquirir alguna noticia, que él ignoraba, ú la felicidad de que le ocurriese alguna reflexion, que á él no havia ocurrido.

15 Explicarame un exemplo. En esta dilatada obra del *Theatro Critico* he persuadido á infinitos muchas máximas contrarias al dictamen, que antecedentemente tenian formado sobre varios asuntos. Cree por eso alguno de estos, que Dios me ha dado aquel principalísimo talento del alma, para juzgar rectamente de las cosas, con algunas ventajas al suyo? Creo que no. Conocerán todos ellos, que yo he acertado, y ellos antecedentemente erraban. Pero en unos asuntos atribuirán esta desigualdad á mi mayor aplicacion al estudio; en otros á la mayor oportunidad, que he tenido para manejar libros, y adquirir noticias; en otros á haverme dedicado mas á meditar sobre ellos; en otros finalmente á mi mayor felicidad en que me ocurriesen algunas reflexiones, que á ellos no ocurrían; y todos, desde el primero al ultimo, quedarán en la persuasion de que, si en ellos hubiesen concurrido con igualdad las felices circunstancias, que yo he tenido, havrian penetrado las verdades, que yo les he descubierto, y desengañadose por sí mismos de los errores de que los he sacado.

16 Podrá acaso en una, ú otra ocasion mudar alguno de dictamen, sin atribuir el acierto del otro, á quien cede, ni á la accidental felicidad de la ocurrencia, ni á mayor aplicacion, ni á mayor oportunidad de averiguar lo que hay en la materia. Pero sobre que esto sucederá rarisima vez, no por eso le concederá mas claro entendimiento, porque le queda el recurso de que un acierto no basta á graduar un entendimiento, ni basta á degradarle un yerro; y juntando este supuesto verdadero con la falsa existimacion de que, por una vez que acierta el otro, y yerra él, acierta diez veces él, y otras tantas yerra el otro; se queda constante-

Tom. VI. del *Theatro*.

Z

te-

temente en el dictamen de que la ventaja substancial del entendimiento está de parte suya.

§. VI.

17 **P**OR otro camino, y en distintas circunstancias se engañan frecuentemente los hombres, para no conceder exceso en el entendimiento, aun á otros que se lo hacen muy grande. Oyen, ó leen una máxima bien fundada, una sentencia aguda, un discurso sólido sobre alguna de aquellas materias, en cierto modo extrafacultativas, en que todos entienden algo; pongo por exemplo, en materia de costumbres, genios, gobierno, ó política. Supongo, que nunca leyerón antes, ni oyeron aquel pensamiento; pero al momento que lo leen, les quadra como verdadero, como en efecto lo es: hacense cargo de la razon, y asienten de plano á la nueva máxima; mas no por eso tributan algun particular elogio al Autor. Pues por qué no? Porque les parece que ya ellos alcanzaban lo mismo. Así con gran satisfaccion propia, esto, dicen, ya yo acá me lo conocia. Es verdad, que mil veces se havria tocado en las conversaciones, en que ellos se hallaban, la materia á que pertenece la máxima, y nadie se la oyó, ni cosa equivalente, ni aun, si quieren confesar la verdad, pensaron en ello jamás. Pues cómo es esto? Mienten quando dicen, que ya sabian aquello? No por cierto. No mienten, se engañan.

18 Es de advertir, que en estas materias, que son, digamoslo así, de la jurisdiccion de todos los hombres, no hay verdad alguna, que no esté en algun modo estampada en los entendimientos de todos, por lo menos de aquellos, que tienen el juicio bien puesto, y son dotados de una buena razon natural; pero muy desigualmente segun la desigualdad que hay en los mismos entendimientos. En unos está estampada con claridad, y distincion; en otros confusamente, y como en bosquejo: en unos pintada con toda perfeccion; en otros amagada solo en un rudo diseño: en unos tan brillante, que gozan de lleno su luz, y aun la pueden participar á otros; en otros tan cubierta de sombras, que ni aun la perciben para sí, teniendola dentro de sí mismos. Quando, pues, estos segundos leen aquella verdad, ó la oyen á alguno, que la goza claramente, la luz que éste

les

les dá, disipa aquellas sombras que se la ocultaban; y entonces, viendo la verdad dentro de su proprio entendimiento, quedan muy huecos con la presuncion de que aquello ya se lo sabian; y de aqui infieren, que su alcance no es inferior al de aquel que los alumbró.

19 O qué engañados viven estos! Ahí es nada la diferencia. Apenas hay otro exceso substancial de un entendimiento á otro, sino el de entender aquel con claridad lo que éste percibe solo confusamente. Corren parejas en esto la vista corporea, y la intelectual. Si de dos sugetos, que tienen á igual distancia de sus ojos un mismo objeto, uno le vé con claridad, y otro confusamente, no dudamos en pronunciar, que la vista de aquel es buena, y la de éste corta. La misma desigualdad subsiste entre dos entendimientos, de los cuales uno entiende con claridad, otro con confusion el mismo objeto, que está á igual distancia de entrambos; esto es, que en orden á su inteligencia no haya tenido mas estudio, ó enseñanza uno, que otro.

§. VII.

20 **S**uelen los que alcanzan menos equivocarse, transfiriendo esta desigualdad de la facultad intelectual á otra distinta; esto es, concibiendo, que solo es claridad de explicacion, lo que es claridad de inteligencia. Así les parece, que toda la ventaja, que hay de parte del otro, es la de explicarse mejor. Pero lo primero, yo me imagino, que la ventaja de explicarse mejor, viene por la mayor parte de la de entender mejor. De dos Pintores, que igualmente sepan el uso de los colores para pintar, pero sean muy desiguales en la claridad de la vista, si tienen un mismo objeto á tal distancia (aunque la supongo igual respecto de entrambos) que el uno le vea muy claramente, y el otro con mucha confusion, aquel le pintará muy bien, y éste muy mal. Y esto por qué? No mas que porque aquel le vió muy bien, y éste muy mal. Ahora bien: con las voces pintamos lo que entendemos. El uso de las voces igualmente le saben los que tienen igual crianza, estudio, y exercicio en el language. Con todo vemos, que tal hombre, que ha tenido igual, y aun mas escuela en el language que otro, no explica algu-

Z 2

nos

nos objetos, que tiene en la mente, tan bien como éste. Por qué? Porque, aunque entrambos saben el uso de las voces, que son los colores, que sirven á pintar los conceptos, aquel pinta mal el objeto, porque con los ojos del entendimiento le vé mal; esto es, confusamente; y éste le pinta bien, porque le vé bien.

21 Y para quitar toda duda en esta materia, pregunto: Quando uno, oyendo á otro, dice, que se explica admirablemente, y le concede en esta parte una gran ventaja, no le entiende prontamente todo lo que dice? Sin duda, y aun por eso alaba su explicacion: Luego sabía anteceden- temente el uso, y significacion de todas las voces, con que el otro se explicó; por consiguiente en esta parte están iguales. Luego toda la desigualdad viene de entender éste mejor que aquel. Generalmente digo, que como posea bien el language, qualquiera que se explica bien á sí mismo alguna cosa, se la explica bien á otro; y no puede explicarla bien á otro, quien no se la explica bien á sí mismo.

22 Lo segundo digo, que en el caso en que estamos, es claro, que no solo falta la explicacion, mas tambien el conocimiento. El que al oír un nuevo concepto, cuya verdad percibe al instante, juzga que aquello ya se lo sabia, solo porque entonces se le aclara en la mente una obscura idéa del objeto, que tenia encerrada en ella, es manifesto que se engaña. Tenia la especie, pero sin uso. Tenia la idéa, pero escondida aun al mismo depositario de ella. Fal- tabale al sugeto, no solo la explicacion externa del objeto, mas tambien la interna. No solo no se exprimía en los la- bios, mas ni aun en la mente. Dé, pues, las gracias al que con su luz le sacó aquella idéa de la obscuridad en que yacia, y con su cultivo hizo fructificar aquella semilla sepultada.

§. VIII.

23 **H**asta aqui hemos discurrido en orden á los en- tendimientos cortos. De parte de los excelen- tes concurren los mismos principios para que se enga- ñen en el concepto, que hacen de sí mismos; no á la verdad en juzgarse excelentes, pues siendolo realmente, en esto no hay engaño, sino en pensar, que su excelencia está

co-

co'ocada en mas alto grado, que el que realmente ocupa. Para entender que ello es asi, no hay sino volver los ojos á los Escritores mas insignes de todos tiempos. Estos sin du- da hacian concepto de que acertaban en quanto escribian; pues si de alguna parte de lo que escribieron no hiciesen ese concepto, no hubieran escrito esa parte. Sin embargo, ninguno fue tan feliz, que, segun el comun sentir de los Sabios, no haya errado en algunas cosas: luego se estima- ban en mas de lo que eran. Ni vale responderme, que acaso ellos acertaron en todo, y el yerro está de parte de los Criticos, que hallan que censurar en sus Obras. No vale, digo, lo primero, porque la razon natural dicta, que na- die debe ser admitido por Juez en propria causa. Asi no debemos estar al juicio, que los Autores hicieron de sus Obras, sino al que hacen otros, en quienes se supone alguna aptitud para juzgarlas. Lo segundo, porque aunque conceda- mos, que alguno de aquellos Autores deba preponderar en el juicio de sus Obras al de otro qualquiera Critico tomado en particular, mas no al comun sentir de todos, ó casi todos, por ser mucho mas verisimil que se engañe uno, por excelente que sea, en causa propria, que muchos, aunque inferiores, en la ajena.

24 Hacese mas visible esto, particularizando la reflexion ácia los antiguos Filósofos. Y no consideremos entre estos sino aquellos, á quienes el consentimiento universal dá la primacia del ingenio: Platon, digo, y Aristoteles. Qué du- da tiene, que fueron estos dos entendimientos admirabilísi- mos? A cada paso se encuentran en sus Obras rasgos, que demuestran una sublimidad, y penetracion prodigiosa. Pero quién negará, que tambien se tropiezan grandes borrones en sus Escritos? Muy lejos estaban ellos de pensar que lo fue- sen; antes bien acaso presumieron elevarse mas sobre los demás mortales, donde erraron mas torpemente, y donde mas importaba acertar, que fue en el concepto de la Divi- nidad. Entrambos desbarraron aqui enormemente, aunque por diferentes caminos. De todo lo dicho parece debe concluirse, que universalmente todos los hombres aprecian el proprio entendimiento mas de lo justo.

§. IX.

25 **H**emos probado el supuesto. Pero no es razon ocultar dos objeciones, que se nos pueden hacer: la una metaphysica, la otra experimental, y práctica. La primera se funda en la máxima filosofica de que el entendimiento es reflexivo sobre sí mismo; de donde parece se infiere, que puede conocer, y medir su propio tamaño. Por lo menos esta máxima anula la paridad propuesta arriba entre la vista corporea, y la intelectual, de que como los ojos corporeos no se vén á sí mismos, tampoco el entendimiento; pues éste es reflexivo sobre sí mismo, y aquellos no.

26 Concedo, que el entendimiento es reflexivo sobre sí mismo, y sobre sus actos. Pero esto prueba, que acierte en todas las reflexiones, que hace á este supuesto? En ningun modo. Si fuese así, ningun entendimiento dexaría de conocer sus yerros, porque con hacer un acto reflexo sobre el directo (que suponemos errado), conocería el error, y le enmendaría. Lo comunísimo es, que quando el acto directo es errado, lo es tambien el reflexo. Es preciso que suceda así, si despues de formado el directo no sobreviene al entendimiento alguna nueva luz en orden al objeto; porque los mismos principios, en que se fundó para formar el directo, subsisten para moverle á pensar por el reflexo, que aquel fue acertado. Y de aqui se deduce con evidencia, que yerra tambien el entendimiento en la reflexion, que hace sobre su propia capacidad; pues creyendo que acierta en muchísimos actos de conocimiento, en los quales realmente yerra, precisamente ha de creer, que su perspicacia intelectual es mayor de lo que realmente es.

27 En quanto á la paridad entre la vista espiritual, y corporea, confieso, que no es adecuada; pero se salva en lo que es necesario para el supuesto. He dicho, que ni los ojos se vén á sí mismos, ni se vé á sí mismo el entendimiento. En esta segunda parte de la proposicion se toma el verbo *ver* rigurosamente; esto es, en quanto significa un conocimiento claro: y este es el que yo niego tenga el entendimiento respecto de sí mismo.

.XI.

§. X.

§. X.

28 **L**A segunda objecion, que se nos puede hacer, es, como dixe, experimental. Vemos algunos hombres de bello entendimiento, los quales no obstante sienten muy modestamente de su capacidad; de modo, que bien lexos de hacerse merced, parece que ni aun la estiman segun su merito: luego no es universal el Error de que tratamos.

29 Respondo, que el supuesto del antecedente admite algunas grandes limitaciones. La primera es, que los mas de los que parece sienten modestamente del propio entendimiento, no exprimen lo que sienten. Es afectada su modestia, á fin de grangear con esa afectacion un nuevo aplauso, seguros de no perder por ella, ni rebaxar el concepto, que los demás han hecho de su capacidad. La segunda es, que esos mismos, que realmente sienten con moderacion de su talento, forman ese concepto moderado, no en orden á aquella mas esencial, y primitiva facultad intelectual, que consiste en juzgar rectamente (y respecto de quien unicamente constituimos el Error universal), sino en orden á otras menos substanciales, que hemos expresado arriba. La tercera excepcion es de los Santos, los quales sin duda, en orden á todas sus facultades, forman un concepto humilde, y aun inferior al justo. Pero esto proviene de una gracia especialísima, con que Dios los favorece; lo que no es del caso para nuestro interto, pues aqui hablamos de lo que siente el hombre de sí mismo, dexado á las fuerzas naturales del propio juicio, y prescindiendo de los auxilios preternaturales de la Gracia.

30 Finalmente decimos, que permitido que haya uno, ú otro sugeto rarísimo, el qual por ser extraordinariamente reflexivo haga concepto justo, perfecto, y adecuado de su entendimiento, esto no obsta á la verdad de nuestra máxima; pues no pretendemos con todo empeño, que el Error, de que tratamos, sea universal metaphysicamente. Bastanos que lo sea moralmente; y la universalidad moral no se falsifica por la excepcion de uno, ú otro particular entre millares de millares de individuos.

Z 4

§. XI.

§. XI.

31 YA que hemos descubierto esta enfermedad general del linage humano, podremos hallarle remedio? *Rem difficilem postulasti.* Gran beneficio haría al mundo qualquiera que nos descubriese algun específico para curar esta dolencia, pues de ella nacen varios symptomas perniciosísimos á la sociedad humana. De la presuncion del proprio entendimiento vienen tantas altercaciones, tantas furiosas disputas, que turban las conversaciones, y los animos, y suelen parar en injurias, mientras satisfecho cada uno del proprio talento, á todo trance quiere que valga su dictamen. De la presuncion del proprio entendimiento viene, que tantos necios, que ignoran disimular su vanidad, sean fastidiosos con ella á los demás hombres. De la satisfaccion del proprio entendimiento vienen tantas murmuraciones, tantas quejas contra el gobierno, y contra todo genero de gobiernos, donde el inferior, sin estudio, y sin práctica, pretende corregir todas las operaciones, y designios del Principe, del Ministro, y del Prelado, llegando esto á tal punto de ridiculéz, que tal vez el Eclesiastico mas retirado del mundo censura con confianza suprema quanto se dispone en el Gabinete, y quanto se obra en la Campaña. De la satisfaccion del proprio entendimiento viene en infinitos, que profesan la obediencia, una obediencia violenta, que les estraga el merito, y desasosiega la vida; siendo muy difícil, que executen con gusto, lo que imaginan ordenado sin acierto. De la satisfaccion del proprio entendimiento viene en gran parte la reynante pestilencia de la ambicion; porque el que se juzga con capacidad superior para el mando, ardiente aspira siempre á ocupar la silla. De la satisfaccion del proprio entendimiento vienen los atrasos de la Republica Literaria en todas las facultades; porque, empeñandose necios osados en impugnar lo que discurren modestos entendidos, dexan dudoso al público quién tiene razon, y aun muchas veces hacen creer que la tienen ellos; porque para persuadir á los que no entienden las cosas, suele conducir mas el orgullo, que el ingenio. Sería muy prolixo, si quisiese referir todos los demás males, que

oca-

ocasiona al mundo este error universal.

32 Sería yo sin duda uno de los mas achacosos de esta general dolencia, si presumiese haver discurrido eficaz remedio con que curarla. Sin embargo, propondré al público uno de propria experiencia, con alguna confianza de que el que quisiere usar de él, yá que no se cure perfectamente, podrá mejorar mucho.

33 En esta enfermedad, mas que en otra alguna de quantas trata la Medicina de los cuerpos, se verifica el famoso aphorismo *Cognitio morbi, inventio est remedii.* El que conoce en sí mismo esta enfermedad, yá está curado de ella. Pero en conocerla está la dificultad. Aunque el entendimiento es reflexivo, no alcanzan, como hemos probado, sus reflexiones á vér la limitacion, ó defectos del proprio juicio. Pues cómo podrá verlos? Como vén los ojos corporales los suyos: no en sí mismo, sino en un espejo, que por reflexion se los presente. Mas dónde está este espejo milagroso? Hay innumerables en el mundo. Los entendimientos de todos los demás hombres son otros tantos espejos, donde cada uno puede vér la imperfeccion del suyo. Yá he dicho, que este remedio es de propria experiencia. Explicaré cómo uso de él, para instruir en el modo de aplicarsele á los que quisieren gozar del mismo beneficio.

34 Quando el ayre de la vanidad me infla el espíritu con la aprehension de que logro algunas ventajas sobre otros en discurrir con agudeza, y juzgar con rectitud, vuelvo los ojos á innumerables hombres, que he visto altamente poseídos de la misma aprehension, los quales sin embargo yo conozco con perfecta claridad, que piensan de sí mucho mas de lo que son. Pues si ellos (digo yo entonces ácia mí) se engañan en el ventajoso concepto, que hacen de su entendimiento, por qué no podré engañarme en el que hago del mio? Yo los he visto profundamente persuadidos á que discurrían con acierto en mil ocasiones, en que yo palpaba su error. Si aquella persuasion, aunque tan firme, era engañosa, por qué no podrá serlo la mia, quando de mis discursos hago el mismo juicio? Qué testimonios tengo yo de que acierto, los quales no tengan ellos del mismo modo? Qué otra prueba hay de mi parte, mas que un acto refle-

xo

yo que hago, el qual me representa ser recto el juicio, que antecedentemente hice en orden al objeto? Este mismo acto reflexo hacen los otros, y tambien les representa recto el juicio, que formaron. Digo, que no hay otra prueba; pues aun quando la materia es tal, que puede reducirse á disputa, se pára en alguna proposicion, la qual ellos juzguen falsa, y yo verdadera, ó al contrario; y de alli no se puede adelantar cosa de substancia. Fuera de que de las ventajas, que se logran en el argumento, nada se infiere á favor de las ventajas del juicio; pues á cada paso sucede, que á uno, que juzga rectisimamente de las cosas, le atorrolla otro de entendimiento menos claro, pero mas agil, y mas tramposo, con sophismas. Con que hecha analysis de todo lo que hay en la materia, todo viene á parar de parte mia en aquel dictamen reflexo de que yo he mirado las cosas á mejor luz. Pero este mismo dictamen reflexo está tambien de parte de los otros con igual firmeza. Luego como el suyo es engañoso en muchas ocasiones, puede serlo tambien en muchas el mio. Este es el espejo en que yo miro mi entendimiento. Qualquiera puede mirar en el mismo el suyo.

§. XII.

35 **C**onfieso no obstante, que este remedio, si no se le añaden los ingredientes de otras reflexiones, no alcanza á curar á todo genero de sugetos. Hay algunos, que juzgan no habla con ellos el desengaño propuesto, por tener fundada en mejor finca su presuncion. Hablo de los que se vén aplaudidos, y oyen resonar sus alabanzas en las bocas de otros muchos. Verdaderamente esta es una gente dificil de conquistar, porque sustenta en algun modo su vanidad á costa del Público, y tiene atrincherada la satisfaccion propia trás de la estimacion agena. Si alguno se empeña en combatir su opinion, todo el Pueblo les sirve de muro; tal vez toda la Provincia, y todo el Reyno; porque dicen entonces, que el concepto, que hacen de sí mismos, es el concepto mismo, que de ellos hacen los demás; así no es su capricho proprio, sino la voz pública, quien los persuade las ventajas de su entendimiento.

36 Con todo, tambien para estos darémos receta, la qual

qual consiste unicamente en ladear un poco el espejo ácia la circunstancia misma, que nos proponen á su favor. Veste aplaudido? diré á qualquiera de estos. Está bien. Pero te aplauden todos? Vives muy engañado, si lo piensas; ni aun creo que lo pienses. No hubo hasta ahora hombre, que gozase tal dicha. Vés los aplausos, y no los vituperios, porque aquellos te buscan por la frente; estos por las espaldas. Es imposible, que tu entendimiento parezca bien á todos, porque son muchisimos los que juzgan de las cosas muy diferentemente que tú, y estos necesariamente piensan que yerras á cada paso. Siendo, pues, cierto, que unos te aplauden, y otros te desestiman, de qué sabes, que tienen razon aquellos, y no estos? Pareceránte acaso aquellos los mas discretos. Este es el lazo en que caes. Pero repara en los demás hombres, y verás, que siempre tienen por los mas discretos aquellos que se conforman con su opinion. Pues los vés engañar á cada paso en este concepto, por qué no podrás engañarte tú en el tuyo? Mas pasemos adelante. Doy que todos te aplaudan, ó, por lo menos, que te aplaudan todos los entendidos, ó discretos. Pregunto: hasta qué grado te aplauden, ó en qué altura colocan tu entendimiento? Confiesan por ventura, que en todo aciertas? Sin duda que no; y á la vista tienes la prueba, pues muchas veces impugnan tu dictamen en orden á varias cosas, y son de contraria opinion. Luego tú, que juzgas que siempre aciertas, adelantas tu vanidad mucho mas allá del termino adonde llega la agena estimacion. Rebaxa, pues, de tu presuncion, hasta colocarte en el grado donde te ponen los que te aplauden.

37 Pero lo peor es, que aún tienes mucho mas que rebajar. Has de rebajar de los mismos aplausos lo que añade la cortesanía, lo que el hyperbole, lo que la adulacion. Rarisimo es el sugeto, que elogiando á otro en su cara, no engrandezca el panegyrico algunos palmos sobre lo que tiene en la idéa. Muchos son naturalmente exagerativos, así en lo que aprueban, como en lo que reprueban; y casi todos lo son en los elogios de sugeto presente, porque el deseo de agrandar al elogiado es transcendente á todo elogiante.

38 Pero sobre todo te encargo, que defiendas con suma vigilancia tu juicio de los asaltos de los dependientes, porque

que te le corromperán sin duda, si los crees. Una cosa bien notable voy á decirte. En el discurso de mi vida he visto ascender á innumerables hombres de inferior á superior fortuna. A muchos de estos traté bastantemente en uno, y otro estado. Asegurote con toda verdad, que en todos ellos, todos, sin exceptuar alguno, conocí con entera certeza mucho mayor presuncion de la propia capacidad despues de elevados, que la que tenían antes de su elevacion. En qué consiste esto, sino en que creen á tantos aduladores, quantos son los dependientes? Ayer que yacian en fortuna humilde, nadie aplaudia su entendimiento. Hoy á cada momento les repiten, que tienen un ingenio soberano, una comprehension prodigiosa, una prudencia consumada. Quando los oyen hablar de chanza, celebran como sazoadisimos sus chistes: quando de veras, todas son sentencias dignas de estamparse en marmoles: los adoran como idolos, y los escuchan como oráculos. Con que los pobres, cegados del humo de los inciensos, si antes erraban mucho, ahora yerran mucho mas; porque persuadidos á que su inteligencia es muy superior á la de los demás hombres, solo su capricho toman por regla para todo; y entretanto, los mismos, que públicamente los veneran como prudentes, y sabios, ocultamente los desprecian como estolidos, y ridiculos. Ay, miseros de ellos, si dando otra media vuelta la rueda de la fortuna, los precipita á la baxeza en que antes estaban! Entonces se retira el aplauso, y sale al público el vituperio.

39 Tengo noticia de un Religioso, á quien, habiendo ascendido sin mucho merito á una de las mas estimadas Prelacias de su Orden, muchos subditos suyos le trastornaron enteramente por este camino; porque conociendole de genio intrepido, y duro, no hallaban otro arbitrio para mitigar su ira, ó ganar su afecto, sino adularle, exagerando á cada paso el gran talento, que Dios le havia dado. Tragabasele el cuitado, y sobre ese supuesto rajaba, hendia, ataba, y desataba, sin consultar otro entendimiento mas que el suyo. Acabóse el tiempo de la Prelacia, y se vió reducido al mismo estado en que antes se hallaba. Entonces los mismos que antes le adulaban, sin mucho rebozo le daban á entender, que quanto hablaba, y discurria era un continuado desaciert-

to.

to. Entonces, aunque con tardo desengaño, cayó en la cuenta, y con triste, y desconsolado gracejo decia á los que le improperaban: *Es posible, que tan tonto soy? Pues, Padres míos, no me dirán adónde se fue aquel grande entendimiento, que yo tenia mientras fui Prelado?* No sé lo que respondian ellos. Yo le responderia, que havia venido con la Prelacia, y se havia ido con la Prelacia, como sucede á otros muchos; y que se quexase de sí mismo, pues no le havia causado daño alguno la adulacion, si no se huviese puesto de parte de ella su credulidad.

40 Mirenses, pues, los que ocupan puestos, donde tienen dependientes, en el espejo de éste, y de otros muchos. Ninguno dexará de conocer á algunos de bien corta capacidad, los quales están persuadidos á que la tienen admirable, solo porque se lo intima asi la adulacion. Digase, pues, cada uno á sí mismo: Por qué no podrá sucederme á mí lo que veo sucede á éste, á aquel, y al otro? Por qué no podré yo estar engañado, como lo están ellos?

41 Esta leccion sirve para infinitos de inferior fortuna, si quieren aprovecharse de ella. Vuelven muy huecos á su casa, ó á su celda, éste que acaba de presidir un Acto en la Aula, y aquel que acaba de orar en el Templo. Y esto por qué? Porque al pie de la Cathedra, y del Pulpito recibieron mil norabuenas. O incautos! no haveis visto á algunos, á quienes reputais casi del todo incapaces para uno, y otro ministerio, recibir otras tantas en las mismas circunstancias? Direis, que aquellas fueron dictadas de la cortesania, y estas de la verdad. Pero tambien los otros se hacen esa merced á sí mismos; y unos, y otros sois jueces incompetentes, porque juzgais en causa propria.

42 O mortales! con todos habla la sentencia *Nosce te ipsum*, estampada en las puertas del Templo Delphico. Con todos hablan estos avisos del Theatro Critico.

O. S. C. S. R. E.

IN-